

NORA ROBERTS

Bahía de Chesapeake, II



CUANDO SUBE
LA MAREA

Ethan, el segundo de los hijos adoptivos de los Quinn, es un hombre de mar, un hombre tranquilo y reservado con un corazón, sin embargo, tan bravo como el océano que adora y respeta.

En *Cuando sube la marea* no sólo se enfrentará al reto de sacar adelante el astillero que ha montado con sus hermanos. Sobre todo tendrá que asumir que Seth, el pequeño de los Quinn, lo necesita desesperadamente, y que para amar en plenitud a Grace, la joven de la que siempre ha estado enamorado, deberá recordar su oscuro pasado y su dolor, aceptarlos y confiar en que el amor lo cura y lo perdona todo.

Para la ingeniosa y encantadora Christine Dorsey.
Sí, Chris, me refiero a ti.

NORA ROBERTS

Prólogo

Ethan fue emergiendo del sueño y, dándose una vuelta, salió de la cama. Aún estaba oscuro, pero él normalmente comenzaba su jornada antes de que la noche cediera al alba. Le gustaba el silencio, la rutina sencilla, el trabajo duro que venía después.

Nunca se le olvidaba sentirse agradecido porque se le hubiera concedido la posibilidad de elegir y por poder llevar esa forma de vida. Aunque las personas responsables de haberle concedido tanto la posibilidad de optar como esa vida concreta ya habían muerto, para él, el eco de sus voces permanecía en la bonita casa junto al agua. A menudo alzaba la vista de su solitario desayuno en la cocina, esperando ver entrar a su madre arrastrando los pies, bostezando, con el cabello pelirrojo furiosamente enredado por el sueño, los ojos apenas entreabiertos.

Y aunque hacía casi siete años que ella se había ido, Ethan seguía encontrando consuelo en esa íntima imagen matinal.

Más doloroso le resultaba pensar en el hombre que se había convertido en su padre. Apenas tres meses después, la muerte de Raymond Quinn estaba todavía demasiado fresca para poder sentir ningún sosiego. Y se había producido en circunstancias sospechosas aún sin explicar, en un accidente de tráfico ocurrido a plena luz del día en una carretera seca, en un día de marzo que comenzaba apenas a oler a primavera. El vehículo viajaba rápido y su conductor

no pudo, o no quiso, mantener el control en una curva. Las pruebas habían demostrado que no existía razón médica alguna para que Ray se estrellara contra un poste de teléfono.

Pero existían pruebas de un motivo emocional, y eso llenaba a Ethan de pesadumbre.

Ésa idea ocupó su mente una vez más, mientras se preparaba para la jornada. Le dio a su pelo, todavía húmedo tras la ducha, una rápida pasada con el peine, que no consiguió en absoluto domar las amplias ondas de cabello castaño aclarado por el sol. Se afeitó ante el espejo empañado; sus serenos ojos estaban serios mientras se quitaba la espuma y la barba de un día de ese rostro huesudo y bronceado que ocultaba secretos, secretos que raramente desvelaba.

A lo largo del lado izquierdo de la mandíbula corría una herida, regalo de su hermano mayor, en la que su madre le había tenido que dar puntos con toda paciencia. Menos mal, pensó Ethan mientras se frotaba distraídamente con el pulgar la cicatriz apenas visible, que su madre era médico. Uno u otro de los tres hijos solía requerir primeros auxilios con bastante frecuencia.

Ray y Stella los habían acogido cuando eran tres muchachos ya medio crecidos, todos salvajes, todos heridos, todos extraños. Y con ellos habían formado una familia.

Y luego, poco antes de su muerte, Ray había acogido a un cuarto.

Ahora Seth DeLauter les pertenecía a ellos. Ethan no lo ponía en duda en ningún momento. Pero sabía que otros sí. En la pequeña ciudad de St. Christopher todo el mundo comentaba que Seth no era simplemente otro de los muchachos sin hogar de Ray Quinn, sino su hijo ilegítimo. Un hijo concebido, cuando su esposa aún vivía, con otra mujer, una mujer más joven.

Ethan podía ignorar el cotilleo, pero le resultaba imposible ignorar el hecho de que el muchacho, de diez años, mi-

raba con los ojos de Ray Quinn.

En aquellos ojos anidaban sombras que Ethan también reconocía. Un herido reconoce a otro. Sabía que la vida de Seth había sido una pesadilla antes de que Ray lo acogiera. Él mismo había vivido una.

Ahora el chico se encontraba a salvo, pensó Ethan mientras se ponía unos holgados pantalones de algodón y una camisa de trabajo descolorida. Ahora el chico era un Quinn, aunque el papeleo legal no estuviera completo todavía. Contaban con Phillip para asegurarse de ello. Ethan sabía que su meticuloso hermano se ocuparía de ese tipo de asuntos con el abogado. Y Cameron, el mayor de los Quinn, había conseguido establecer un tenue vínculo con Seth.

Lo había hecho torpemente, pensó Ethan sonriendo a medias. Había sido como contemplar una pelea de gatos que se arañan y escupen. Ahora que Cam se había casado con una guapa asistente social, las cosas tal vez se calmaran un poco.

Ethan prefería la vida tranquila.

Todavía quedaban batallas por librar, ya que la compañía de seguros se negaba a abonar la póliza de Ray por la sospecha de suicidio. Se le encogió el estómago y se tomó un momento para calmarse. Su padre no podía haberse suicidado. El poderoso Quinn siempre se había enfrentado a los problemas y había enseñado a sus hijos a hacer lo mismo.

Pero esa nube seguía pesando sobre la familia, y no parecía querer alejarse. Tampoco era la única. Estaba también la repentina aparición en la ciudad de la madre de Seth, con sus acusaciones de acoso sexual formuladas ante el decano de la facultad donde Ray daba clases de Literatura Inglesa. Las acusaciones no pudieron mantenerse; contenían demasiadas mentiras, había demasiados cambios en la historia de la mujer, pero era innegable que a su padre le habían afectado. También era innegable que, poco después

de que Gloria DeLauter abandonara St. Christopher de nuevo, Ray también se fue.

Y regresó con el chico.

Luego estaba la carta encontrada en el vehículo de Ray tras el accidente: era una obvia amenaza de chantaje de esa DeLauter. Y además estaba el hecho de que Ray le había entregado dinero, una buena cantidad de dinero.

Y ahora Gloria DeLauter había vuelto a desaparecer. Ethan deseaba que siguiera así, pero sabía que el chismo-
rreo no cesaría hasta que todas las respuestas estuvieran claras.

No había nada que él pudiera hacer, se recordó a sí mismo. Salió al rellano y dio un golpe rápido en la puerta de enfrente. El quejido de Seth fue seguido por un murmullo soñoliento y después por una irritada maldición. Ethan continuó hacia la planta baja. Seguro que Seth volvía a quejarse por tener que levantarse tan temprano. Pero mientras Cam y Anna siguieran en Italia de luna de miel y Phillip estuviera en Baltimore trabajando hasta el fin de semana, le correspondía a él levantar al chico y hacer que se fuera a casa de un amigo hasta la hora de ir a la escuela.

Estaban en plena temporada de cangrejo y los mariscadores comenzaban su jornada antes de la salida del sol. Así que, hasta que regresaran Cam y Anna, también Seth tendría que levantarse pronto.

La casa se hallaba oscura y en silencio, pero Ethan se movía por ella con facilidad. Ahora poseía su propia casa, aunque parte del acuerdo para conseguir la tutela de Seth se basaba en que los tres hermanos residieran bajo el mismo techo y compartieran la responsabilidad.

A Ethan no le importaba asumir responsabilidades, pero echaba de menos su casita, su intimidad y lo sencilla que había sido su vida anteriormente.

Encendió las luces de la cocina. La noche pasada le había tocado a Seth recoger después de la cena y Ethan notó

que lo había hecho a medias. Ignorando la mesa pegajosa y cubierta de cosas, se dirigió directamente a la cocina.

Su perro *Simon* deshizo el ovillo que formaba dormido y se estiró perezosamente, golpeando el suelo con la cola. Ethan preparó el café y saludó al retriever con una caricia distraída en la cabeza.

Ahora volvía a su mente el sueño, ese que le había atrapado justo antes de despertar. Su padre y él, juntos en el barco de faena inspeccionando jaulas para cangrejo, los dos solos. El sol calentaba bastante y brillaba con una luz cegadora. El agua estaba transparente y en calma. En ese momento pensó que había sido un sueño muy vívido, incluso se olía el agua y el pescado, y el sudor.

La voz de su padre, tan fresca en el recuerdo, se elevaba sobre los ruidos del motor y de las gaviotas.

—Sabía que cuidaríais de Seth entre los tres.

—No tenías que morirte para ponernos a prueba. —El tono de Ethan era de resentimiento, con un enfado de fondo que no se había permitido admitir cuando estaba despierto.

—Tampoco era lo que yo tenía en mente —replicó Ray en tono ligero mientras escogía cangrejos de la jaula situada bajo el flotador que Ethan había enganchado con el garfio. Sus gruesos guantes naranjas de pescador brillaban bajo el sol—, te lo aseguro. Oye, tienes aquí unos buenos cangrejos para hacer al vapor y un montón de hembras.

Ethan observó la jaula llena de crustáceos y tomó nota automáticamente del número y el tamaño. Pero no era la pesca lo que importaba, no allí, no entonces.

—Tú quieres que te crea, pero no te explicas.

Ray lo miró, echándose hacia atrás la gorra rojo vivo que llevaba sobre la melena plateada. El viento jugaba con su pelo y con la caricatura de John Steinbeck que decoraba la parte delantera de su camiseta, haciéndola ondear sobre el amplio pecho. El gran escritor norteamericano sostenía un

letrero en el que aseguraba que trabajaría a cambio de comida, pero no parecía muy feliz al respecto.

Por el contrario, Ray Quinn rebosaba de salud y energía, sus sonrosadas mejillas estaban surcadas por profundos pliegues que simplemente parecían celebrar el ánimo satisfecho y feliz de un hombre vigoroso de unos sesenta años al que le quedaba mucha vida por delante.

—Tú tienes que encontrar tu propio camino, tus propias respuestas. —Ray le sonrió con sus brillantes ojos azules y Ethan observó las arrugas que se hacían más profundas en torno a ellos—. De ese modo, adquiere más significado. Me siento orgulloso de ti.

Ethan sintió que le ardía la garganta y que el corazón se le encogía. Distraídamente, repuso el cebo en la jaula, y después miró cómo los flotadores naranjas se movían mecidos por el agua.

—¿Por qué?

—Porque eres tú. Sólo porque eres Ethan.

—Yo debería haber ido a verte más a menudo. No debería haberte dejado solo tanto tiempo.

—Eso es una solemne tontería. —Ahora la voz de Ray sonaba tan irritada como impaciente—. Yo no era un viejo inválido. Me voy a mosquear si piensas así, si te culpas por no haber velado por mí, por el amor de Dios. Igual que querías culpar a Cam por haberse trasladado a vivir a Europa y hasta a Phillip por irse a Baltimore. Pero los pájaros sanos abandonan el nido. Tú madre y yo criamos pájaros sanos. —Antes de que Ethan pudiera replicar, su padre alzó una mano. Era un gesto tan suyo, el del profesor que se niega a ser interrumpido mientras está explicando algo, que Ethan se rio—. Pero tú los echabas de menos. Por eso estabas enfadado con ellos. Ellos se fueron, tú te quedaste y deseabas tenerlos cerca. Bueno, pues ya los tienes de vuelta, ¿no?

—Así parece.

—Y tienes una cuñada estupenda, el comienzo de un negocio de construcción de barcos y esto... —Ray hizo un gesto señalando el agua, las boyas que se mecían, la alta hierba de mar, húmeda y brillante, en la orilla, donde una garceta solitaria se alzaba como un pilar de mármol—. Y en tu interior, Ethan, posees algo que Seth necesita. Paciencia. Quizá incluso demasiada en ciertos aspectos.

—¿Y eso qué se supone que significa?

Ray emitió un breve suspiro.

—Hay algo que no posees, Ethan, algo que necesitas. No has hecho más que esperar y buscarte excusas, sin hacer nada para conseguirlo. Si no mueves ficha pronto, lo vas a perder otra vez.

—¿El qué? —Ethan se encogió de hombros y dirigió el barco hasta la siguiente boya—. Tengo todo lo que necesito y deseo.

—No te preguntes qué, pregúntate quién. —Ray chasqueó la lengua y después le dio a su hijo un rápido meneo en el hombro—. Despierta, Ethan.

Y se había despertado con la extraña sensación de tener esa mano grande y familiar en el hombro.

Pero, pensó meditabundo mientras tomaba su primera taza de café, seguía sin conocer las respuestas.

1

—Hemos cogido unos buenos bichos, capitán.

Jim Bodine sacaba de la jaula cangrejos, de los que están a punto de perder el caparazón, y echaba la valiosa captura en el tanque. No le importaban las sonoras pinzas, como lo probaban las cicatrices de sus gruesas manos. Llevaba los guantes típicos de su profesión, pero, como cualquier mariscador sabía, se estropeaban muy rápido. Y en cuanto tenían un agujero, los cangrejos acababan dando con él.

Trabajaba sin pausa, con las piernas separadas para mantener el equilibrio a pesar del balanceo del barco, con los ojos oscuros entornados en un rostro curtido por la edad, el sol y la vida. Se le podían echar cincuenta u ochenta años, y a él le daba igual una cosa u otra.

Siempre llamaba capitán a Ethan y no solía pronunciar más de una frase enunciativa cada vez que hablaba.

Ethan cambió de rumbo hacia la siguiente jaula, empujando ligeramente con la mano derecha el timón de caña, que casi todos los mariscadores preferían al de rueda. Al mismo tiempo, con la izquierda manejaba el acelerador y la palanca de marchas. Había que ir haciendo pequeños ajustes a medida que se avanzaba por el palangre de nasas.

La bahía de Chesapeake podía ser magnánima cuando le daba la gana, pero también le gustaban las tretas para hacerte sudar por el botín.

Ethan la conocía tan bien como a sí mismo, a menudo pensaba que incluso mejor; conocía perfectamente los inconstantes ánimos y movimientos del estuario más grande del continente, que fluía de norte a sur a lo largo de doscientas millas y sin embargo medía sólo cuatro de ancho cuando se deslizaba junto a Anápolis, y treinta en la desembocadura del río Potomac. St. Christopher, situado al abrigo de la parte baja de la orilla oriental de Maryland, vivía de la generosidad de la bahía y maldecía sus caprichos.

Las aguas de Ethan, su hogar, estaban bordeadas de marismas, enlazadas por serpenteantes canales de drenaje, con abruptos ribazos, que relucían entre bosquetes de tulípero y roble.

Era un mundo de regatos formados por la marea y repentinos bancos de arena donde crecían el apio silvestre y el heno de mar.

Se había convertido en su mundo, con sus estaciones cambiantes, sus tormentas repentinas y siempre, siempre, con los sonidos y los aromas del agua.

Calculando el tiempo, agarró el largo garfio y, en un experto movimiento tan fluido como un paso de baile, enganizó el cabo de las nasas y tiró de él. En pocos segundos, una jaula se alzó del agua, chorreando de algas y restos de cebo, llena de cangrejos. Vio las pinzas rojo brillante de las hembras adultas y los ojos ceñudos de los machos.

—¡Buena cosecha! —fue todo lo que comentó Jim mientras se ponía a la faena, izando la jaula a bordo como si pesara gramos en vez de kilos.

Ése día la mar estaba picada y Ethan olía la tormenta que se avecinaba. Cuando tenía las manos ocupadas, usaba las rodillas para manejar los mandos. Echó una mirada a las nubes que comenzaban a agitarse en el cielo del oeste, a lo lejos.

Les daba tiempo, pensó, a seguir con el resto del palanque en la parte ancha de la bahía y ver cuántos crustáceos más se habían metido en las jaulas. Sabía que Jim andaba

escaso de dinero, y él también necesitaba todo lo que pudiera sacar para mantener a flote el negocio de construcción de barcos que acababa de montar con sus hermanos.

Les daba tiempo, pensó otra vez, mientras Jim reponía el cebo en una de las jaulas con despojos de pescado medio descongelados y la lanzaba por la borda. Con un salto, Ethan enganchó el siguiente flotador.

Su lustroso perro *Simon*, un retriever de la bahía de Chesapeake, tenía la lengua fuera y se apoyaba con las piernas delanteras en la regala. Al igual que su dueño, donde más feliz se hallaba era en el agua.

Los dos hombres trabajaban coordinadamente y casi en silencio, comunicándose con gruñidos, encogimientos de hombros y algún taco de vez en cuando. Ahora que había abundancia de cangrejos, daba gusto trabajar. Otros años no era así; años en que parecía que el invierno hubiera terminado con los crustáceos o que el agua no alcanzaría nunca la temperatura suficiente para tentarlos a nadar.

En esos años, los mariscadores sufrían a menos que tuvieran otra fuente de ingresos; Ethan tenía intención de hacerse con una construyendo barcos.

El primer barco Quinn estaba casi terminado. Y qué joya, pensó. Cameron ya tenía otro apalabrado para un tipo rico al que conocía de cuando se dedicaba a las carreras, así que empezarían en breve. Ethan estaba seguro de que su hermano atraería a la gente con dinero.

Lo iban a conseguir, se dijo a sí mismo, por muchas dudas y quejas que tuviera Phillip.

Miró el sol, calculó la hora y contempló las nubes que se acercaban lentamente, avanzando sin pausa hacia el este.

—Nos vamos, Jim.

Llevaban ocho horas en el agua, una jornada corta. Pero Jim no se quejó. Sabía que no era realmente la tormenta que se avecinaba lo que hacía que Ethan enfilara el barco de regreso hacia la parte alta de la Bahía.

—El chaval ya habrá llegado del cole —comentó.

—Sí.

Y aunque Seth podía valerse por sí mismo para quedarse solo en casa por la tarde, a Ethan no le gustaba tentar al destino. Un chico de diez años, y con el carácter de Seth, era un peligro andante.

Cuando su hermano volviera de Europa dentro de un par de semanas, se repartirían el cuidado del chico entre los dos. Pero, por el momento, la responsabilidad recaía en él.

El agua de la bahía estaba encabritada y adoptaba un tono gris metálico como reflejo del cielo, pero ni a los hombres ni al perro les preocupaba el agitado viaje mientras el barco escalaba las empinadas olas tomándolas de frente y luego se deslizaba hacia abajo en los senos. *Simon* se había colocado en la proa; tenía la cabeza alta y las orejas movidas por el viento, y sonreía con una sonrisa perruna. Ethan había construido el barco él mismo y sabía que aguantaría. Tan seguro como el perro, Jim buscó la protección de la toldilla y, ahuecando las manos, encendió un cigarrillo.

El puerto de St. Chris rebosaba de turistas. Los primeros días de junio les impulsaban a salir de los barrios residenciales de Washington y Baltimore, tentándoles a coger el coche para acercarse hasta allí. Ethan imaginaba que la pequeña ciudad les parecía pintoresca, con sus calles estrechas, sus casas de madera y sus tiendecitas. Les gustaba contemplar cómo trabajaban los dedos de los peladores de cangrejos, comer los esponjosos pasteles hechos con ese crustáceo y poder contarles a sus amigos que habían probado la sopa de cangrejo hembra. Se alojaban en los hostales, la ciudad presumía de tener nada menos que cuatro, y se gastaban el dinero en los restaurantes y las tiendas de regalos.

A Ethan no le parecía mal. En las épocas en que la bahía no se mostraba pródiga, el turismo mantenía viva la localidad. Y se le ocurrió que, en algún momento, alguno de esos turistas podía decidir que el deseo más profundo de

su alma era poseer un velero construido de forma artesanal en madera.

El viento arreció mientras Ethan atracaba en el muelle. Jim saltó ágilmente para amarrar los cabos. Sus piernas cortas y su cuerpo rechoncho le hacían parecer una rana saltarina vestida con botas de goma blancas y una gorra manchada de grasa.

A una distraída señal de la mano de su amo, *Simon* se sentó y esperó en el barco mientras los hombres descargaban la captura del día y el viento hacía bailar la toldilla, de un verde comido por el sol. Ethan contempló cómo se acercaba Pete Monroe con su pelo gris metálico aplastado bajo una desgastada gorra, y con su cuerpo fornido vestido con unos amplios pantalones caquis y una camisa roja de cuadros.

—Buena captura, Ethan.

Éste sonrió. Le tenía bastante aprecio al señor Monroe, a pesar de que era tacaño hasta la médula. Dirigía la Marisquería Monroe con el puño bien apretado. Pero, por lo que él sabía, no había empresario marisquero que no se quejara de los beneficios.

Se echó hacia atrás la gorra y se rascó el cuello donde el sudor y el cabello húmedo le hacían cosquillas.

—No está mal.

—Muy pronto volvéis hoy.

—Se avecina una tormenta.

Monroe asintió. En ese momento, sus peladores de cangrejos, que habían estado trabajando a la sombra de toldos de rayas, se preparaban para irse adentro. Sabía que la lluvia empujaría también a los turistas a buscar un sitio donde tomarse un café o un helado. Como era uno de los dos socios de la cafetería Bayside Eats, no le importaba.

—¿Qué traéis? Unas setenta cajas, ¿no?

Ethan dejó que su sonrisa se hiciera más amplia. Alguien podría decir que tenía un aire de pirata. Ethan no se habría sentido insultado, pero sí sorprendido.